

dor, nunca miraron con indulgencia aquellas tendencias a la unión. Tampoco aceptaban la idea de garantizar por un pacto de aplicación universal los límites de cada nación en el momento de firmarlo. Les repugnó igualmente el pensamiento de uno de sus mandatarios, según el cual, a cada nación debía reconocérsele el derecho a disponer de sus propios destinos. Es fácil imaginar los propósitos que se escondían detrás de estas repugnancias y negativas. Sin embargo, ya desde 1889, las naciones americanas, accediendo al pensamiento de un estadista de Washington, convinieron en fundar una oficina central que sirviese de lazo anfictionico entre pueblos de un mismo origen, de una raza común, de una sola o a lo sumo de dos lenguas ibéricas y de religión católica. Para realizar esta aspiración fueron a reunirse en Washington, la capital de un pueblo originariamente sajón, de idioma inglés, formado por una mezcla desconcertante de razas y pueblos y en su mayoría protestante. Allí se fundó la oficina de las Repúblicas Iberoamericanas, cuyos gastos eran sufragados a prorrata, y cuyo director era siempre un político de nacionalidad estadounidense. Es como si en 1913, el principio de la era fatal, hubiesen convenido Servia, Montenegro, Rumania, Grecia y Bulgaria en formar una oficina central de negocios balcánicos y la hubiesen localizado en Constantinopla bajo la providente y graciosa tutela de Enver Bajá. La comparación, sin embargo, es inadecuada en uno de sus términos. Turquía en esta hipótesis se habría visto obligada a olvidar usurpaciones territoriales recientes, en tanto que los agravios en el caso de las Repúblicas americanas procedían del país escogido como centro.

»A esto se agrega que, en el caso de las dos Américas, pugnan la concepción idealista de la vida, característica del hombre del Mediodía, con la noción materialista de la existencia, de que ha dado pruebas el hombre del Norte. Los pueblos ibero-americanos buscaban, o a lo menos acariciaban, en el cielo del ideal, la unión de las Repúblicas en un solo grupo o en varias entidades de caracteres geográficos semejantes. A las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos no podía interesarles la unión de los pueblos latinos, y éstos iban a Washington en busca de la mesa redonda donde había de afianzarse con el trato constante la comunidad de origen y aspiraciones. Es verdad, hace falta una chispita de humor para narrar tales acontecimientos. Las naciones americanas se reunieron en Washington en una especie de Club social cuyos miembros llevaban en secreto la consigna

de ocultar los desgarrones que en sus ropas había hecho el desengaño. Cambiaba por esto, sin mucha gracia y con frecuencia, de nombre y de estatutos, la oficina ibero-americana de la ciudad de Washington,

»Solían celebrarse de cinco en cinco años o con intervalos más amplios, si era posible, conferencias panamericanas en las diversas Repúblicas. No se sabe por qué razón se ponían espacios tan largos entre la celebración de una conferencia y otra. La sola razón que les ha ocurrido a los historiadores más perspicaces es la necesidad de procurar que se hubiese olvidado el fracaso de la anterior al empezar la siguiente.

»No terminan aquí, empero, los trucos inesperados y graciosos a que daban lugar aquellas conferencias. Una vez se reunían los delegados de todas las Repúblicas en Washington. En diez y ocho de ellas la lengua nacional era la española; en una, el portugués; en otra, el francés. Todas las delegaciones del Sur se entendían entre sí en cualquiera de estas lenguas o en inglés. El huésped, el dueño de casa que recibía a las otras naciones, insistía en hablar inglés solamente, y mantenía esa actitud con solemnidad un tanto divertida. Otra vez se reunían en la capital del Brasil, y si allí un delegado de nación desmembrada por los Estados Unidos pedía que se sometiese el agravio a la consideración de los presentes, resultaba que tal asunto no hacía parte del programa elaborado en Washington para la Conferencia.

»El año de 1923, especialmente memorable, la Conferencia tuvo por sede a Santiago de Chile. Conviene advertir que en este caso la seriedad de los delegados y de las cuestiones propuestas fué absoluta, contagiosa y fecunda como Arimanes. Se trató del desarme. Era de esperar, aunque el sentido de la coordinación no predomina en esta clase de Corporaciones, que los Estados Unidos, mediante cuya iniciativa habían sido mermadas las marinas de guerra de algunas grandes potencias, hicieran uso de su autoridad, de su papel de oficina central de las naciones iberoamericanas, para llevar a cabo el desarme del Continente. Sin embargo, cuando surgió la diferencia entre las naciones más pobladas del Sur, la Delegación de los Estados Unidos calló obstinadamente, sin ignorar de fijo que una palabra suya en favor del desarme habría apaciguado el naciente incendio. Mas en esta ocasión era oportuno guardar silencio para que se mantuviese, si existía, la rivalidad entre esas naciones o para crearla, si ya no estaba actuando. En realidad no mediaba animadversión entre esos países, como lo demostraron más tarde las circunstancias, en el viaje de un

buen argentino, sin carácter oficial, a Río de Janeiro. Un concienzudo y sincero periodista pudo más en un discurso de sobremesa que una Delegación equipada con todos los poderes y prerrogativas necesarias para asistir a una conferencia internacional. Esto no es absurdo, sino profundamente humano. A los Estados Unidos les convenía por entonces que las naciones del Sur tuvieran siempre cuestiones pendientes o competencias espinosas por allanar. El perfecto acuerdo entre aquellas naciones, su posible reunión a un concierto de intereses y sentimientos con los países europeos, de quienes recibieron las bases de su cultura, eran perspectivas que no podía contemplar con excesiva benevolencia la República del Norte. Es natural y humano que a los Estados Unidos les inquietase la creación de otra gran potencia en territorio americano. Y con todo esto es la capital del Distrito de Columbia donde van a congregarse los que buscan sinceramente la unión de las Repúblicas latinas en el Continente.

»El humor inconsciente de esta organización solía manifestarse menos en sus decisiones que en sus propósitos. Entre los puntos sometidos a la consideración de la V Conferencia figuraba la celebración de un Convenio sobre propiedad literaria. Una conferencia de donde estaban ausentes España y Portugal iba a fijar los principios sobre los cuales debía de basarse la protección de los escritores de lengua española y portuguesa. En aquella Conferencia se discutió la manera y la importancia de fijar una terminología marítima. Era la intención de los Estados Unidos que aquel trabajo se hiciera sin la cooperación de los pueblos donde primero se hablaron tales lenguas, y cuya acción histórica en los mares ha fecundado la terminología náutica de las lenguas cultas de Europa y Asia. Por último, al tratar de regular la nomenclatura para las tarifas aduaneras, tampoco se pensó en que Portugal y España, interesados por razones de idioma y por estrechos vínculos comerciales en la fijación de esos términos, pudieran suministrar consejo atendible. Por este camino se iba derecho a la idea de reunir en Washington un Consejo de periodistas sur y norteamericanos, presididos por Mr. Dooley para preparar ediciones completas de los diccionarios de autoridades destinados al uso de los pueblos que hablan portugués y español. A no haber mediado ciertas transformaciones políticas y sociales a fines del siglo XX, es probable que la fonética de la lengua española se hubiera fijado en Minneápolis y la sintaxis portuguesa en las aulas de Princeton. No fué sino en 1950 cuando empezó a hablarse en tono plausible de hacer a Madrid y a